

por mi condecoración, por mis treinta años de servicios académicos, si algún día un negocio como el del Nabab me permite recuperar mis desembolsos, no he de permanecer aquí ni un minuto siquiera; me marcharé más que de prisa á cultivar mi pequeña viña allá abajo, en Montbars, curado radicalmente de mis ideas de especulación. Pero ¡ay! que esta esperanza es la mayor de las quimeras. Conocidos, gastados, inutilizados como estamos en el mercado de París, con nuestras acciones que no se cotizan ya en la Bolsa, con nuestras obligaciones que van volviéndose de papel de estraza, tanto embuste, tanta deuda, y el agujero que va ahondándose cada día más... (Á la hora presente debemos tres millones quinientos mil francos. No son precisamente los tres millones los que nos apuran. Por el contrario, son los que nos sostienen: pero tenemos en la portería una cuentecita de ciento veinticinco francos por sellos de correo, mensualidad del gas y otras menudencias. Esto es lo terrible.) Y luego se nos quiere hacer creer que hay un fulano, un hombre de negocios, como ese Nabab, bastante loco, aunque hubiese llegado del Congo ó acabado de caer de la luna, para enterrar su dinero en una sima como ésta... Vamós, vamos... Que no cabe en lo posible... Señor gobernador, esta no cuele.



IV

UN ESTRENO EN EL GRAN MUNDO

Mr. Bernardo Jansoulet!...» Este nombre plebeyo, acentuado enfáticamente por el lacayo, lanzado con retumbante voz, resonó en los salones de Jenkins como un golpe de bombo. Las arañas palidieron, apuntó en los ojos todos una especie de erupción de llama ante la perspectiva deslumbradora de los tesoros de Oriente, de los raudales de zequíes y perlos que chorreaban de las mágicas sílabas de aquel nombre ayer desconocido.

Era él, el Nabab, el rico entre los ricos, la nueva comidilla parisiense, sazónada por esa salsa de aventuras que gusta tanto á las ahitas multitudes. Volviéronse todas las cabezas, interrumpiéronse las conversaciones todas: abanzóse hacia la puerta un remolino de gente, un atropello.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

llado empuje, como en el muelle de un puerto para ver entrar un galeón repleto de oro.

Hasta Jenkins, el afectuoso Jenkins, tan sobre sí en todas ocasiones, que estaba en el primer salón para recibir á sus convidados, se paróse bruscamente de un grupo de caballeros y se lanzó al encuentro de los galeones.

—Sois muy amable, amabilísimo... ¡Cuán ¡satisfecha, cuán enorgullecida va á estar la señora Jenkins!... Hacedme el favor de venir conmigo.

Y con la prisa, en su vanidosa satisfacción, se llevó á Jansoulet tan apresuradamente, que ni tiempo le dió para hacer la presentación de su acompañante, Pablo de Géry, quien hacía su primera aparición en el gran mundo. El joven se tuvo por muy feliz de este olvido. Escurrióse por entre la masa de trajes negros que se iba replegando á cada nueva entrada, y se perdió por entre la misma, lleno de ese miedo cervical que experimenta todo provinciano al verse metido en un salón de París, en especial cuando es agudo é inteligente, y cuando no lleva, como una cota de malla, debajo de su pechera de hilo, el aplomo imperturbable de los palurdos.

Vosotros todos, parisienses de París, que á la edad de dieciséis años, con vuestro primer traje negro y el cial en el muslo, comenzasteis á pasear vuestra adolescencia de salón en salón, vosotros no conocéis esa inquietud, amalgama de vanidad, de timidez, de recuerdos de románticas lecturas, que nos hace castañetear los dientes, que ata nuestros movimientos, que nos convierte durante una noche entera en una especie de entredós de puerta, en mueble para disimular huecos de ventana, que hace de nosotros un pobre sér errante y lastimoso incapaz de dar fe de vida de otra suerte que cambiando de sitio de vez en cuando, muriendo de sed por no acercarse al comedor, y yéndose sin haber abierto la boca, á menos que haya balbuceado alguna de esas necedades impremeditadas que vuelven luego á la boca durante meses enteros, y que de noche, cuando uno las recuerda, obligan á prorrumpir en un ¡ah! de rabiosa vergüenza y nos hacen dar vueltas desvelados por la cama.

Pablo de Géry, en su tierra, había vivido siempre muy

retirado, en compañía de una tía anciana, malhumorada y rezona, hasta que su condición de alumno de derecho, llamado á ejercer una carrera en la cual su padre dejara excelentes recuerdos, le había abierto las puertas de algunas tertulias de magistrados, vetustas viviendas melancólicas que ostentaban aún, ya deslustradas, sus viejas cornucopias, y á las cuales iba á jugar una partida de whist con unas cuantas sombras venerables. De modo, pues, que la velada de Jenkins era un estreno para aquel provinciano, quien, gracias á su misma ignorancia y á su ductilidad meridional, sintió nacer en sí desde el primer momento el espíritu observador.

Desde el sitio en que se había colocado, asistía de Géry al desfile curioso y no terminado aún á media noche de los convidados de Jenkins, toda la clientela del médico de moda: la flor y nata de la buena sociedad, mucha política y mucho negocio, banqueros, diputados, algunos artistas, todos los extremos del buen tono parisiense, descoloridos, ojos fulgurantes, saturados de arsénico, pero insaciables de veneno y de vida. Abierto el salón, libre de sus puertas el vasto recibidor, dominábase la escalinata del palacio bordeada de flores, y, tendidas por sus peldaños, las rozagantes colas, cuyo sedoso peso parecía echar hacia atrás el escotado busto de las señoras puestas en ese gentil movimiento de ascensión que las hacía aparecer paulatinamente hasta destacar, transpuesta la postrera grada, en todo el esplendor de su gloria. Entonces las parejas parecía como que entrasen en escena; y tanto era así, que dejaba cada uno en la última grada los fruncimientos de cejas, las arrugas preocupadas, el aire aburrido, sus cóleras, sus tristezas, para mostrar un semblante satisfecho, una sonrisa que animaba el conjunto sereno de sus rasgos. Los hombres cambiaban unos cuantos apretones de mano leales, unas cuantas fraternales efusiones: las mujeres, preocupadas de sí mismas, girando coquetuelamente alrededor de sus ejes respectivos, murmuraban algunas palabras de bienvenida.

—Gracias... ¡oh! gracias... cuán buena sois...

Luego las parejas se separaban, porque las tertulias no son ya esas reuniones de talentos amables en las cua-

les la finura femenina obligaba á los caracteres, á las altas posiciones, al genio mismo de los hombres, á rendir gracioso homenaje, sino hacinamientos inmensos en que las mujeres, sentadas aparte, gorjeando juntas como cautivas de harén, no gozan de ningún otro placer que el de ser bellas ó parecerlo. De Géry, después de haber andado errante por la biblioteca del doctor, por el invernadero, por la sala de billar, donde se fumaba, aburrido de conversaciones graves y áridas que le parecían impropias de aquel recinto engalanado y en aquella breve hora de placer—no faltó quien le preguntó al paso, sin mirarle, á cuánto estaba aquel día la Bolsa,—se acercó á la puerta del gran salón, tapiada por un muro compacto de trajes negros, una oleada de cabezas echadas todas por igual hacia adelante y mirando.

Era una vasta pieza ricamente alhajada con el gusto artístico que distinguía al dueño y á la dueña de la casa. Algunos cuadros antiguos sobre el fondo claro de la tapicería. Una chimenea monumental, adornada con un precioso grupo en mármol, *Las Estaciones*, de Sebastián Ruys, á cuyo derredor, doblándose hacia el espejo como hacia la limpidez de un claro estanque, ramificábanse largos troncos verdes, con la rigidez del bronce verdado al fuego. En los divanes, las damas, agrupadas, apiñadas, llegando casi á confundir los colores vaporosos de sus trajes, formando una inmensa canastilla de flores vivientes por cima de la cual flotaba la irradiación de los hombros desnudos, de las cabelleras tachonadas de diamantes, gotas de agua en las morenas, reflejos centelleantes en las rubias. De cuando en cuando, hendía aquella atmósfera de luz el timbrado pío de unos labios que se refan discretamente, ó acaso alguna respiración más fuerte que hacía vibrar rizados y garzotas y destacaba súbitamente un delicioso perfil. Tal era el aspecto del salón.

Veíanse asimismo unos pocos caballeros, personajes todos de cuantía, cargados de años y de cruces, que departían junto á un diván, apoyados en el respaldo de los sillones con ese aire de condescendencia que se usa para hablar á la gente menuda. Mas por entre el apacible murmullo de esas conversaciones surgía una voz alborotado-

ra y robusta, la del Nabab, quien evolucionaba tranquilamente al través de aquel mundano invernadero con el aplomo que le daban su inmensa fortuna y cierto menosprecio por la mujer, que había traído de Oriente.

En aquel instante, arrellanado en una butaca, y entrecruzando la una con la otra sin cumplidos sus gruesas manos, que calzaban guante amarillo, departía con una bellísima mujer, cuya singular fisonomía—vida vigorosa impresa en unas facciones severas—destacaba por su palidez en aquel ramillete de caritas llenas de afeites que la circundaban; como su traje, completamente blanco, clásico en el plegado y que modelaba su talle flexible, contrastaba con el vestuario de sus contertulias, más aparatoso, pero sin aquella atrevida sencillez que á ella tanto la favorecía. De Géry admiraba desde su escondrijo aquella frente estrecha y lisa orlada de una tira aplastada de cabellos; aquellos ojos rasgados de intensa mirada azul, azul de abismo; aquella boca que no dejaba de sonreír más que para rebajar su curva purísima con expresión de laxitud y de fastidio. En suma, el aspecto un tanto altanero de un sér excepcional. Uno de los vecinos de él pronunció su nombre... Felicia Ruys... De Géry comprendió al punto el extraordinario atractivo de aquella joven heredera del genio de su padre, cuya naciente celebridad había llegado hasta el fondo de su provincia, circundada de la auréola de su superior belleza. Mientras la estaba contemplando, oyó que alguien murmuraba cerca de él:

—¡Pues no está poco amable con el Nabab!... Si ahora llega el duque...

—¿Vendrá también el duque de Mora?

—Ya lo creo. Para él se hace la fiesta: para ponerle en contacto con Jansoulet.

—¿Y creéis que el duque y la señorita Ruys...

—¿Esastenemos?... Son relaciones que nadie ignora... Datan de la última Exposición, para la cual hizo su busto.

—¿Y la duquesa?...

—¡Bah! ya está curada de espanto... ¡Ah! ahí está la señora de Jenkins, que va á cantar.

Hubo en el salón un movimiento general, un reflujó

más pronunciado de la masa masculina en dirección á la puerta, y las conversaciones pararon por un instante. Pablo respiró; impresionado dolorosamente, sentíase herido, mancillado por aquel lodo arrojado al ideal que se formara de aquella juventud espléndida que el sol del arte había sazonado con tan penetrante hechizo. Apartóse de los murmuradores y cambió de sitio. Temía oír alguna nueva infamia. La voz de la señora Jenkins le hizo un gran bien, una voz famosa en los salones de París, y que á pesar de su brillantez no tenía nada de teatral, antes parecía una recitación conmovida vibrando con no aprendidas sonoridades. La cantatriz, mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, tenía una magnífica cabellera cenicienta, facciones distinguidas aunque algo fofas, con marcada expresión de bondad. Hermosa todavía, mostrábase ataviada con el gusto costoso de una mujer que aún no ha renunciado á agradar. Casada en segundas nupcias con el doctor hacía diez años, parecía como que no hubiesen franqueado aún los lindes primerizos de su luna de miel. Mientras ella cantaba una canción popular rusa, salvaje y dulce al par como una sonrisa esclava, Jenkins no disimulaba, antes por el contrario, hacía alarde de su candoroso envanecimiento: su rostro respiraba satisfacción, y ella, por su parte, cada vez que bajaba la cabeza para tomar aliento, dirigía hacia él una sonrisa temerosa, enamorada, que iba á buscarle por encima del abierto papel. Luego, cuando en medio de un murmullo de admiración y de placer lanzó su última nota, encantaba el ver de qué modo tan discreto estrechó furtivamente la mano de su marido, como para labrarse un nido de amor íntimo en la inmensidad de su triunfo. El joven de Géry sentíase confortado á la vista de aquella feliz pareja, cuando oyó una voz murmurar junto á él—y no era la misma que había hablado un momento antes:

—¿Sabéis lo que se cuenta de los Jenkins?... que no están casados.

—¡Qué disparate!

—Pues no lo dudéis... Parece que hay, no se sabe dónde, una señora de Jenkins auténtica, distinta de la que nosotros conocemos... Por lo demás, ¿habéis reparado?...

El diálogo prosiguió en voz baja; la señora de Jenkins se acercaba saludando, mientras el doctor, deteniendo al paso una bandeja, le traía una copa de Burdeos con la oficiosidad de una madre, de un enamorado. ¡Calumnia, calumnia, mancha indeleble! Ya entonces las atenciones de Jenkins le parecían exageradas al provinciano. Nota ba que había algo de afectado, de deliberado, en todo ello; así como en las gracias que ella daba en voz baja á su marido parecía vislumbrar cierto temor, cierta sumisión ajena á la dignidad de la esposa legítima, satisfecha y orgullosa de su asegurada ventura... «Pero esto es horrible,» decía Pablo para sí, aterrado, sintiendo helársele las manos. Sentía vergüenza y asco. Luego, rehaciéndose de golpe: «Vamos, esto es imposible.» Y como si se hubiese propuesto replicar á esta exclamación, la maledicencia, detrás de él, repuso en tono indiferente:

—Después de todo, estad seguro de que yo no respondo de la noticia. Repito lo que he oído decir... ¡Toma! la baronesa Hemerlingue... Ese Jenkins va á concentrar aquí á todo París.

La baronesa avanzaba del brazo del doctor, quien se había precipitado á su encuentro; y aunque muy dueño de los resortes de su cara, parecía un poco turbado y contrariado. El bueno de Jenkins había concebido el proyecto de aprovechar su velada para poner en paz á su amigo Hemerlingue y á su amigo Jansoulet, sus dos clientes más ricos, y que con su guerra intestina le ponían en graves aprietos. El Nabab no deseaba otra cosa. No guardaba resentimiento alguno contra su antiguo compinche. Sus querellas habían comenzado á poco del casamiento de Hemerlingue con una de las favoritas del difunto Bey. «Cuestión de faldas, y nada más;» decía Jansoulet, y que él hubiera querido ver solventada de una vez, porque á su naturaleza exuberante le pesaba todo lo que fuese antipatía. Pero el barón, por lo visto, no se sentía inclinado á la reconciliación, por cuanto, á pesar de haber dado palabra á Jenkins, la baronesa comparecía sola, con harto disgusto del irlandés.

Era una mujer alta, delgada, quebradiza, cejas de pluma de ave, aspecto juvenil y tímido, treinta años con apa-

riencias de veinte, prendida de espigas y tallos de hierba que colgaban por sus cabellos de un negro subido acribillados de diamantes. Sus luengas pestañas, que hacían resaltar la blancura de su tez, esa límpida blancura de que el claustro tiñe las mejillas de las que moran mucho tiempo en él; cierta falta de soltura en el vestir, la hacían parecer, más que una odalisca escapada del serrallo, una monja que hubiese renunciado á sus votos y vuelto al mundo. Completaban el parecido ciertos ribetes de beatría, de compunción en su porte, cierto modo eclesiástico de andar con los ojos bajos, el codo pegado á la cintura y las manos cruzadas, manera que había aprendido en el círculo fervoroso en que vivía desde su conversión y reciente bautismo. Figuraos el ahinco con que la curiosidad mundana se echaría sobre esa antigua odalisca convertida en ferviente cristiana, que entraba escoltada por una figura lívida de sacristán con anteojos, por maese Le Merquier, diputado por Lyon, agente de negocios de Hemerlingue, á cuyo cargo corría el acompañar á la baronesa siempre que, conforme sucedía aquella noche, «el barón estaba algo indispuerto.»

Al penetrar en el segundo salón, se dirigió el Nabab á su encuentro, figurándose que detrás de ella asomaría la gordiflona figura de su antiguo camarada, á quien estaba convenido que iría á tender la mano. La baronesa, al verle, palideció todavía más. Un rayo de acero filtró al través de sus largas pestañas. Las ventanas de su nariz se dilataron estremecidas; y como Jansoulet se inclinase, ella apretó el paso irguiendo la cabeza con altivez, y dejando caer de sus tenues labios una palabra árabe que nadie pudo entender, aunque sí el pobre Nabab, á juzgar por el color de tierra cocida al salir del horno que tenía, cuando levantó la cabeza, su curtido rostro. Un momento permaneció inmóvil; Jenkins se le acercó, y de Géry, que había seguido desde lejos toda la escena, observó que conversaban con calor y aspecto preocupado.

El golpe había dado en falso. La reconciliación, tan sabiamente preparada, no se verificaría. Hemerlingue no la quería. No faltaba ya sino que el duque dejase también de cumplir su palabra. Y es que se iba haciendo tarde. La

Wauters, que, al salir de su teatro, había de cantar el aria de la Noche, de la *Flauta mágica*, acababa de entrar encucuruchada en sus capuchones de blondas.

Pero el ministro no aparecía.

Y eso que era un asunto convenido, concluído. Monpavón había de ir á buscarle al casino. De vez en cuando Jenkins sacaba el reloj, echando de paso un bravo distraído al ramillete de notas perlinas que la Wauters vertía de sus labios de hada, un ramillete de tres mil francos, inútil, como todos los demás gastos de la fiesta, si el duque no venía.

De pronto la puerta se abrió de par en par.

—Su Excelencia el señor duque de Mora.

Un movimiento general acogió este anuncio; una curiosidad respetuosa, formada en dos filas, en vez de la prisa brutal que se había arrojado al paso del Nabab.

Nadie sabía presentarse como él en público, atravesar un salón con gravedad, subir sonriendo á la tribuna, tratar con seriedad las cosas más fútiles, fútilmente las más serias. Hermoso aún á pesar de sus cincuenta y seis años, con una hermosura compuesta de elegancia y de armonía en que la gracia del pollo se vigorizaba por un no sé qué de militar en la apostura y en la entereza del semblante, vestía maravillosamente el traje de etiqueta, en el cual, en obsequio á Jenkins, había puesto algunas de sus placas, que no usaba sino en las fiestas oficiales. El reflejo de la camisa, de la corbata blanca; la plata mate de sus condecoraciones; la finura de sus cabellos escasos y encanecidos, contribuían á la palidez de su rostro, lo más exangüe de cuanto hubiese de exangüe aquella noche en los salones del irlandés.

¡Llevaba una vida tan agitada! La política, el juego en todas sus fases, desde la Bolsa al baccarat, y esa reputación de conquistador que era preciso mantener á toda costa. ¡Oh! él sí que era buen cliente para Jenkins; y aquella visita triunfal la debía del todo al inventor de esas misteriosas perlas que daban á su mirada tanto fuego, á su sér aquel brío tan extraordinario.

—Mi querido duque, permitidme que os...

Monpavón, solemne, estirado, buscaba coyuntura para

hacer la anhelada presentación: pero la Excelencia, distraída, no oía nada, y proseguía su camino hacia el gran salón, arrastrada por una de esas corrientes eléctricas que rompen á veces la monotonía mundana. Á su paso, y mientras saludaba á la bella señora de Jenkins, las mujeres se inclinaban un poco con coquetería, con una sonrisa suave, una preocupación de agradar. Pero el duque sólo veía á una, á Felicia, de pie en el centro de un grupo de caballeros, discutiendo como si estuviese en su taller, y que seguía tranquilamente tomando su sorbete á pesar de ver al duque encaminarse hacia ella con exquisita naturalidad. Los circunstantes se habían apartado discretamente. Á pesar de esto, y de lo que había oído de Géry acerca de sus supuestas relaciones, no parecía que mediase entre los dos más que un compañerismo puramente de aficiones, una familiaridad jovial.

—De paso para el bosque he estado en vuestra casa, señorita.

—Lo sé, y también que habéis entrado en el taller.

—He visto el famoso grupo... mi grupo.

—¿Y qué tal?

—Hermosísimo... El galgo corre como un endemoniado... La zorra escapa admirablemente... Sólo que no he acabado de entender... ¿Me habiais dicho que era nuestra historia, la de nosotros dos?

—¡Ah! ahí está el quid... A ver, buscadlo... Es un apólogo que he leído en... ¿No leéis á Rabelais, señor duque?

—No, de veras. Es demasiado grosero.

—Pues yo he aprendido á leerlo entre líneas. Muy mal educado, conformes. ¡Oh! retental... Quedamos, pues, en que mi apólogo está sacado de Rabelais. Es como sigue: Baco ha hecho una zorra prodigiosa, invencible en la carrera. Á su vez Vulcano ha dado á un perro salido de sus manos el poder de alcanzar á toda bestia á la cual persiga. «Pues, como dice mi autor, sucedió que se encontraron.» Figuraos qué carrera más endiablada é... interminable. Paréceme, querido duque, que el destino nos ha puesto de igual suerte á vos y á mí en presencia el uno del otro, pertrechados de cualidades contrarias; vos que habéis recibido de los dioses el don de conquistar

todos los corazones, y yo que tengo un corazón que no ha de ser conquistado jamás.

Todo esto se lo decía mirándole de hito en hito, semi-riendo, pero tiesa y apretada por su túnica blanca que parecía guardar su cuerpo de las libertades de su imaginación. Él, el vencedor, el irresistible, no las había encontrado nunca de aquella casta audaz y voluntariosa. Así, la envolvía en todos los efluvios magnéticos de una seducción, mientras que en rededor suyo, el murmullo creciente de la fiesta, las risas aflautadas, el roce de las sedas y de las franjas de perlas, hacían el acompañamiento á aquel dúo de pasión mundana y de juvenil ironía.

El duque replicó al cabo de un minuto:

—Pero, ¿cómo salieron los dioses de tal atolladero?

—Convirtiendo en piedras á los dos corredores.

—Vaya, pues es un desenlace, repuso él, que no acepto en manera alguna... Desafío á los dioses á que consigan petrificar mi corazón.

Una llamarada súbita brotó de sus pupilas, extinguida al punto ante la idea de que les observaban.

Con efecto, eran blanco de las miradas generales; pero nadie les observaba con tanta insistencia como Jenkins, quien, crispado, impaciente, daba vueltas á su alrededor cual si le pesara que Felicia monopolizase para ella sola al personaje importante de la reunión. La joven se lo hizo notar riendo al duque:

—Van á decir que os acaparo.

Y le mostraba á Monpavón aguardando en pie, junto al Nabab, quien de lejos dirigía á la Excelencia la mirada sumisa y pedigüeña del perro de presa á su amo. El ministro de Estado se acordó entonces del objeto que le llevaba allí. Saludó á la joven y volvió á reunirse con Monpavón, quien logró por fin presentarle:

—Su distinguido amigo, M. Bernardo Jansoulet.

La Excelencia se inclinó, el advenedizo se humilló hasta el suelo, y conversaron algunos instantes.

El grupo era digno de observación. Jansoulet, alto, recio, aire plebeyo, cutis atezado, dobladas sus espaldas corpulentas cual si se hubiesen arqueado por siempre con las zalemas de la cortesía oriental; manazas cortas que

hacía resaltar el color claro de sus guantes; mímica expresiva; exuberancia meridional que rebanaba las palabras como con sacabocados. El otro, aristócrata de raza, hombre de mundo, la elegancia en persona, natural en sus más pequeños ademanes, de que por otra parte era muy sobrio, dejando caer con indolencia frases á medio concluir, animando con una semisonrisa la gravedad de sus facciones, escondiendo debajo de una urbanidad imperturbable el profundo desdén que sentía por los hombres y por las mujeres; y ese desdén era precisamente la parte mayor de su fuerza... En un salón americano, la antítesis no hubiera sido tan chocante. Los millones del Nabab hubieran restablecido, y aun inclinado, el platillo á su favor. Pero París no ha llegado todavía á poner el dinero por cima de las demás fuerzas, y bastaba, para convencerse de ello, ver con cuánta oficiosidad se removía el grueso mercader ante el gran señor, y se apresuraba á deponer á sus plantas, como el manto de armiño del cortesano, su burda vanidad de enriquecido.

Conocedor de la importancia que á aquella presentación daba su amigo, de Géry, seguía la escena con interés, cuando la casualidad, que tan cruelmente burlaba durante toda la noche sus candideces de principiante, le hizo oír un breve diálogo, cerca de él, entre el batiburri- llo de conversaciones particulares en que cada cual oye precisamente la palabra que le interesa.

—Del mal el menos si Monpavón le hace contraer algunas buenas relaciones. Le ha procurado tantas que no lo son... Figuraos que acaba de endosarle á Paganetti con toda su cuadrilla.

—¡Aviado está!... Pero van á comérsele vivo.

—¡Bah! quien roba á un ladrón ha cien días de perdón... Vaya por lo que él les ha birlado á los pobres turcos.

—¿Y es cierto?

—¿Que si lo es? Sobre este punto sé detalles precisos por boca del barón Hemerlingue, el banquero que ha cubierto el último empréstito tunecino...

—Él sí que del Nabab os podría contar las mil y una. Figuraos...

Y comenzaron las infamias. Jansoulet había estado ex-

plotando indignamente durante quince años al difunto Bey. Citábanse nombres de contratistas y jugadas admirables por el descaro y el aplomo; la historia, por ejemplo, de una fragata con música, sí, tal como suena, con música; la de un cuadro de comedor que había comprado por cien mil francos y revendido por diez millones; un trono de tres millones cuya factura, visible en los libros de un ebanista del barrio de Saint-Honoré, no alcanzaba á cien mil; y lo más cómico era que habiendo el Bey cambiado de capricho, el regio sital, caído en desgracia antes de ser desembalado, seguía metido todavía en su funda de viaje en la aduana de Trípoli.

Aparte de esas exorbitantes primas por el envío del más fútil cachivache, hacíase hincapié en acusaciones más graves aún, pero no menos ciertas; como que procedían de la misma fuente. Hablábbase de cierto harén de europeas que hacía pareja con el serrallo, montado admirablemente para su alteza por el Nabab, perito en semejante materia; como que antes de su marcha á Oriente hacía ejercido en París toda suerte de oficios; revendedor de salidas de teatro, empresario de un baile extramuros, de una casa todavía más sospechosa... Y los cuchicheos remataban en una risotada contenida.

El primer impulso del joven provinciano, al oír tan infames calumnias, fué el de volverse y gritar:

—Faltáis á la verdad.

Horas antes lo hubiera hecho sin vacilar, pero desde que estaba allí sentía apoderarse de su alma la desconfianza, el escepticismo.

Contúvose, pues, y escuchó hasta el fin, clavado en el mismo sitio, sintiendo en el fondo de sí mismo el anhelo de conocer mejor á su amo. En cuanto al Nabab, protagonista bien inconsciente de aquella asquerosa crónica, instalado tranquilamente en un saloncito al cual imprimían cierto recogimiento sus cortinajes azules y sus dos velones con pantalla, jugaba su partida de descarte con el duque de Mora.

¡Oh magia del galeón! ¡Él, hijo del ferrovejero, solo, en una mesa de juego, cara á cara con el primer personaje del imperio! Jansoulet apenas daba crédito á la luna de

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Venecia donde se reflejaban su figura radiante y el cráneo augusto partido por espaciosa crencha. Así, para corresponder á tan señalada honra, se esmeraba en perder con toda legalidad cuantos más billetes de mil francos podía, persuadido de que el que en definitiva salía ganando era él, y orgulloso de ver pasar su dinero á aquellas manos aristocráticas cuyos más leves movimientos estudiaba, mientras tiraban, cortaban ó sostenían los naipes.

En torno de ellos, aunque á distancia, los diez pasos de rúbrica para saludar á un soberano, formábase un círculo de curiosos; era el público de aquel triunfo al cual asistía el Nabab como en sueños, embriagado por aquellos mágicos acordes que la distancia amortecía, por aquellos cantos que llegaban hasta él en frases incisivas como por encima del obstáculo resonante de un estanque, por ese perfume particular que despiden las flores al acercarse el final de un sarao parisiense, cuando la hora que avanza confundiendo toda noción de tiempo, y la laxitud de la noche en blanco determinan en los cerebros enrarecidos por la excepcional nervosidad de la atmósfera algo como una borrachera de placeres. La robustez de su temperamento hacía á Jansoulet, especie de salvaje civilizado, sensible por todo extremo á aquellos refinamientos no gustados, y menester le era toda su presencia de ánimo para no dar suelta á algún hurra entusiasmado, á una explosión intempestiva de gestos y de palabras, á aquella vibración de alegría física que agitaba su ser todo, á la manera de esos perrazos montañeses en los cuales la aspiración de una pequeña gota de esencia produce verdaderos espasmos epilépticos.

—Hace buena noche, el piso está seco... Si os parece, hijo mío, despediremos el carruaje y nos iremos á casa á pie; dijo Jansoulet á su compañero al salir de casa de Jenkins.

De Géry aceptó con mil amores. Sentía necesidad de pasear, de sacudirse de encima las infamias y las mentiras de aquella comedia mundana que le tenía helado y opreso el corazón, que le agolpaba toda la sangre á las sienes, cuyas venas hinchadas sentía latir. Andaba tam-

baleándose, á la manera de esos infelices que han sufrido la operación de la catarata y que, en el espanto de la visión reconquistada, no se atreven á sentar un pie más allá del otro. Pero, ¡con qué brutalidad de manos se había hecho la operación! ¡Conque aquella gran artista de glorioso apellido, aquella beldad pura, severa, cuya sola presencia le había turbado como una aparición, no era más que una cortesana! La señora de Jenkins, aquella imponente dama, de altanero al par que apacible continente, no se llamaba en realidad la señora Jenkins. Aquel sabio ilustre, de aspecto tan franco, de maneras tan cordiales, tenía el cinismo de exhibir á la descarada un concubinato vergonzoso. Y París lo sospechaba, á pesar de lo cual se apresuraba á acudir á sus fiestas. Hasta Jansoulet, ese Jansoulet tan bueno, tan generoso, por quien tanta gratitud sentía en el fondo de su corazón, había ido á parar á manos de una cuadrilla de ladrones, y él, mismo no pasaba de ser uno de tantos, y bien digno de la explotación organizada para hacerle soltar sus millones..

¿Era posible? ¿Qué había de verdad en todo ello?

Una rápida mirada que de soslayo dirigió al Nabab, cuya descomunal persona obstruía la acera, le hizo descubrir de pronto en aquel andar calado por el peso del dinero algo de bajo y de canalla en que no había parado mientes hasta entonces. Sí; se veía bien en él al aventurero del Mediodía, amasado con ese lodo que cubre los muelles de Marsella hollado por todos los nómadas, por todos los vagabundos de puerto de mar. Bueno, generoso, todo lo que se quiera; como los ladrones, como las prostitutas.

Y ya entonces, en el oro que fluía á raudales por aquel ambiente averiado cuanto lujoso, en aquel oro que aun las paredes salpicaba, parecía ver revuelta toda la escoria, toda la porquería de su turbio y fangoso criadero. De modo, pues, que á él, de Géry, no le quedaba otro recurso que marcharse, que abandonar, cuanto antes mejor, aquel puesto en que corría el riesgo de comprometer su nombre, la sola herencia de sus padres. Sí; este era el único partido posible. Pero entonces, ¿quién pagaría la pensión de sus dos hermanitos allá, en su país? ¿Quién sostendría

el modesto hogar milagrosamente salvado por el pingüe sueldo del mayor, del jefe de familia? Esta palabra de jefe de familia le sumió al punto en uno de esos combates internos en que porfían el interés y la conciencia—brutal la una, firme, embistiendo de frente á estocada limpia; escurriéndose el otro, huyendo el cuerpo con movimientos sutiles,—mientras el bravo Jansoulet, causa ignorante del conflicto, seguía al lado de su amigo á grandes pasos, aspirando el aire con deleite por la punta de su tabaco encendido.

Nunca había estado tan contento de la vida; y aquella velada en casa de Jenkins, su ingreso en el gran mundo, habían dejado en su mente una impresión como de arcos triunfales, de multitud agolpada, de flores echadas á su paso... Tan cierto es que el color de las cosas depende del cristal con que se miran... ¡Qué éxito! El duque, al despedirse, invitándole á ir á ver su galería, lo cual equivalía á que las puertas del palacio de Mora iban á abrirse antes de ocho días. Felicia Ruys consintiendo en hacerle el busto, de suerte que, en la próxima exposición, el hijo del traperero tendría su retrato esculpido en mármol por la misma gran artista que había firmado el del ministro de Estado. ¿No era el logro completo de todas sus infantiles vanidades?

Y dando vueltas á sus pensamientos sombríos ó risueños, caminaban el uno al lado del otro, tan absortos, tan fuera de sí mismos, que resonaron sus pasos por la plaza Vendôme, bañada por una claridad opaca y azul, sin que se hubiesen dicho ni una palabra.

—Ya estamos, dijo el Nabab... Lo siento, porque tenía ganas de pasear... ¿Vamos andando? Y mientras daban un par ó tres de vueltas por la plaza, exhalaba á bocanadas el gozo inmenso de que se sentía poseído.

—¡Hermoso tiempo! ¡Cómo se respira!... ¡Voto á sanes. ¡Ni por cien mil francos diera la noche que he pasado!... Es un buen chico ese Jenkins... ¿Y qué os parece del palmito de Felicia Ruys? Á mí una hermosura de aquellas me seduce... Pues ¿y el duque? ¡Á eso se llama un gran señor! Tan franco, tan amable... ¡Oh! París es una gran tierra; ¿verdad, hijo mío?

—Para mí es demasiado complicado... me da miedo, contestó de Géry con hosca voz.

—¡Oh! es natural, repuso él con encantadora fatuidad. No estáis aclimatado todavía, pero todo se andará; perded cuidado. Aquí estoy yo que en un mes me he puesto como veis.

—Bien, como vos habíais ya estado en París... Creo que vivisteis aquí algún tiempo.

—¿Yo? en mi vida... ¿Quién os lo ha dicho?

—¡Oh! no, me lo figuraba... repuso el joven: y de pronto, agolpándose á su mente una porción de reflexiones:

—Pero, ¿qué le habéis hecho á ese barón de Hemerlingue? Os tenéis un odio á muerte.

El Nabab se quedó un rato suspenso. El nombre de Hemerlingue atravesado súbitamente en su alegría le recordó el único incidente enojoso de la velada.

Á él, como á todos, dijo por fin el Nabab en tono entristecido, no le he hecho más que bien. Comenzamos juntos, miserablemente. Juntos hemos ido adelantando, prosperando. Cuando quiso volar con sus propias alas, no hice siempre más que sostenerle, ayudarle cuanto pude. Por mí ha tenido durante diez años consecutivos las contrataciones de suministros del ejército y marina: de ahí proviene casi toda su fortuna. Luego, de la noche á la mañana, ¿pues no se le ocurre á ese estúpido de suizo con sangre de horchata el enamorarse de una odalisca que la madre del Bey había hecho expulsar del harén? La mala pécora era bonita, ambiciosa, y no paró hasta el matrimonio. Como era natural, después de un lance así, Hemerlingue no tuvo más remedio que marcharse de Túnez... Le hicieron creer que era yo quien incitaba al Bey á que le cerrase las puertas del principado. No es cierto. Logré, por el contrario, que Hemerlingue hijo—un hijo de su primera mujer—pudiese quedar en Túnez para vigilar sus intereses en suspenso, mientras el padre se venía aquí á fundar su casa de banca... Por lo demás, se han portado conmigo con una reciprocidad que espanta. Desde que, por fallecimiento de mi pobre Ahmed, el mouchir, su hermano, ocupó el trono, los Hemerlingue, puestos en candelero, no han dejado de perjudicarme cuanto han podi-

do cerca del nuevo soberano. El Bey sigue haciéndome buena cara; pero mi crédito está en berlina. Pues bien; á pesar de todo esto, á pesar de las malas pasadas que me ha jugado Hemerlingue, que me está jugando todavía, estaba dispuesto esta noche á darle la mano... No sólo ese miserable me la rehusa, sino que me hace insultar por su mujer, una bestia fiera y maligna, que no me perdona el chasco de no haberla querido recibir en Túnez... ¿Queréis saber cómo me ha llamado en el salón al pasar por delante de mí?—«Ladrón, hijo de perro...» Ya veis que la odalisca no se muerde la lengua... De modo que si yo no supiese que Hemerlingue tiene tanto de gordo como de gallina... Pero en fin, que digan de mí lo que les dé la gana. Allá se las compongan. ¿Qué es lo que pueden hacerme? ¿Partir peras con el Bey? Tanto me importa. Ya nada tengo que hacer en Túnez, y pienso retirarme de allí cuanto antes mejor... No hay en la tierra más que un país, que una ciudad, París, París afable, hospitalario, de ancha manga, en donde hay mucho que correr para todo el que vale... Y yo ahora, amigo mío, tengo grandes proyectos... Veinte años, uno tras otro, he trabajado por el dinero: ahora tengo sed de gloria, de consideración, de fama. Quiero ser alguien en la historia de mi país, y no me ha de ser difícil el conseguirlo. Con mi inmensa fortuna, mi conocimiento de los hombres, de los negocios, ese no sé qué que siento en mi frente, puedo llegar á todo, y á todo aspiro... Así, creedme, querido, no os apartéis de mi lado—dírase que contestaba al pensamiento secreto de su joven compañero,—porque, os juro por quien soy, que iremos lejos y á prisa.

De tal suerte divulgaba sus proyectos el cándido meridional con animada gesticulación, y de vez en cuando, levantaba la cabeza hacia el hombre de bronce de la columna, cual si tomase por testigo á aquel gran advenedizo cuya presencia en el centro de París autoriza todas las ambiciones, hace verosímiles las quimeras todas.

Hay en la juventud una fogosidad de corazón, una necesidad de entusiasmo que despiertan al más leve roce. Á medida que el Nabab iba hablando, sentía de Géry desvanecerse sus sospechas y renacer todas sus simpa-

tías con cierto matiz de compasión... No, no era posible; aquel hombre no era un malvado, sino un pobre diablo lleno de ilusiones á quien se le subía la fortuna á la cabeza como un vino de mucho cuerpo en un estómago acostumbrado al agua. Solo en mitad de París, cercado de enemigos y de explotadores, Jansoulet le hacía el efecto de un viajero que cruza á pie una selva peligrosa, de noche y sin armas. Y le parecía que tocaba al protegido velar á escondidas por el protector, constituirse en el Telémaco lince de aquel Mentor ciego, ayudarle á abrirse paso por aquel hormiguero de emboscadas nocturnas que él comprendía acechaban al Nabab y sus millones.

